

ERASE UNA VEZ... EN EL PRINCIPIO, LA DIOSA MADRE...

M^a Teresa Rodríguez Álvarez
Primavera de 2009

Una forma de devolver el mito de la diosa al ámbito de la consciencia, es relatando de nuevo las historias que las gentes han narrado a través de los milenios, con la esperanza que la visión de la vida como un todo sagrado, que es la manifestación más profunda del mito de la diosa, y relacionándola con el mito del dios, podamos lograr esa “nueva mirada”, que tan necesaria se revela en estos momentos donde todo el planeta se encuentra amenazado por esa falta de consciencia de Unidad.

En todas las culturas ya sea su organización simple o compleja, hallamos una experiencia de dimensiones sagradas. Esto sugiere que lo sagrado no es una etapa en la historia de la consciencia, sino un elemento estructural de la misma, que pertenece a todos los pueblos de todas las épocas. Es pues, parte del carácter de la raza humana.

Al volver la vista atrás, parece como si la madre hubiese sido la primera imagen de vida para la humanidad. Esto debe remontarse, a los tiempos en que los seres humanos se reconocían como hijos de la naturaleza, vinculados con todas las cosas, formando parte del todo. Imágenes del parto, del acto de amamantar y de recibir al muerto de nuevo en el útero para su renacimiento se suceden tanto en el paleolítico como en el neolítico. La cueva paleolítica, fue con mucha probabilidad, el primer santuario de la diosa y la fuente de su poder regenerador.

Podríamos decir, que originariamente habría dos mitos básicos el de la diosa y el del cazador. La primera historia se centra en la diosa como la imagen eterna del todo; la segunda, en la humanidad que, en tanto que cazadora, ha de quebrar de continuo esta unidad para poder vivir la vida cotidiana de la temporalidad. En una, la vida y la muerte se reconocen como fases de un proceso eterno; en la otra, la muerte (tanto la del animal como la del ser humano) pierde su relación con el todo y deja de ser sagrada, es decir, la muerte adquiere un carácter final y trágico. Esta situación se mantiene miles y miles de años y adquiere consistencia en el Neolítico, al incluir tanto la regulación de la vida vegetal y animal, como la de los ciclos estacionales de la luna y el sol.

La luna, al igual que la totalidad de la naturaleza se experimentaba como la diosa madre, de manera que las fases lunares pasaron a ser las fases de la vida de la madre. La luna creciente era la joven, la doncella; la luna llena, la mujer encinta, la madre; la luna nueva, la anciana sabia, cuya luz estaba oculta en su interior.

A mediados de la Edad de Bronce (c 2000 a.C.), con las continuas invasiones de la tribus guerreras nómadas, el mito de la diosa se debilitó y perdió su conexión vital con el mito del cazador, que va creciendo hasta convertirse en el mito del héroe guerrero; llegando a ocultar con su sombra el mito de la diosa, que es relegado al inconsciente de la humanidad.

Aún, así, podemos hallar el mito de la diosa diseminado en imágenes simbólicas, los mitos y las fábulas. Dondequiera que encontremos: la cueva, la luna, la piedra, la serpiente, el ave o el pez; la espiral o el meandro y el laberinto; los animales: león, toro, bisonte, ciervo, cabra y caballo; los rituales que tratan de la fertilidad de la tierra, de los animales y de los seres humanos y del viaje del alma a otras dimensiones estamos en presencia de las imágenes que antiguamente representaban el mito original. Existen como testimonio vivo en las profundidades de la psique.

La psicología arquetípica, nos enseña que el conocimiento de toda la raza humana está almacenado en la psique, como si de un rizoma se tratara, y la conciencia individual es sólo la inflorescencia y fructificación estacional que nace del perenne rizoma subterráneo, por lo que es potencialmente accesible para cada uno de nosotros.

Jung propuso la idea de que los seres humanos no sólo tienen un inconsciente personal exclusivo para cada individuo, sino también lo que denominaba un “inconsciente colectivo”, una mente inconsciente heredada por cada miembro de la raza humana, junto con las otras características físicas, mentales y espirituales, que nos definen como humanos. De esta idea se desprende, que una experiencia de la especie nunca se pierde, sino que se transmite a las siguientes generaciones, así como los procesos instintivos más básicos. Por lo tanto las experiencias de las generaciones más arcaicas, así como, toda la historia de la humanidad, esta de alguna manera siempre viva en la psique, como parte del ser humano. Podríamos hacer una analogía geológica, en la que la capa más profunda sería la de los miles de millones de años de vida instintiva sobre la cual se superponen las capas culturales desde la experiencia paleolítica hasta nuestros días. Estando las capas más inferiores anidadas o contenidas por las superiores.

En el principio la diosa madre da a luz ella sola, al mundo, que proviene de ella; todas las criaturas, incluyendo a los dioses, son sus vástagos, parte de su sustancia divina; la humanidad y la naturaleza comparten una identidad común. Este es el mito que prevalecía en la Creta del Paleolítico, el Neolítico y la Edad de Bronce. Todavía puede encontrarse en lo que llamamos sociedades primitivas y en la poesía.

Después, la diosa madre se une con el dios (que anteriormente fue su hijo y ahora es su consorte), para dar a luz al mundo. En este punto se hace la distinción entre su vientre eterno y sus fases temporales: ya sean las de la luna, o las estaciones de la vegetación. Todo sigue considerándose vivo y sagrado, pero hay una dualidad de principios: a) zoe: lo que pervive, la fuente eterna e inextinguible, y b) bíos: lo que cambia, su expresión en el tiempo; representados por la diosa y el dios, su “hijo-amante” respectivamente. Esto prepara el camino para la distinción entre energía y forma, que más tarde se convierte en la distinción entre “naturaleza” y “espíritu”. Este fue el mito de Inanna y Damuzi en la civilización sumeria, de Istar y Tamuz en Babilonia, de Isis y Osiris en Egipto, de Afrodita y Adonis en Grecia y de Cibele y Atis en Anatolia.

En la siguiente etapa, los dioses del cielo y del sol que trajeron los invasores nómadas consigo, se fueron imponiendo sobre la diosa de las comunidades agrícolas; éstos estaban separados de la tierra, y sus ciclos repetidos e inmutables sugerían planificación e inteligencia. A su lado, las creaciones espontáneas de la omnipresente madre naturaleza aparecían como oscuras, caóticas y amenazadoras.

El siguiente paso de la historia es que, el dios (tátara-tátara-nieto de la diosa madre) la mata y hace el mundo a partir de su cadáver, y a la raza humana a partir de la sangre del cuerpo desmembrado de su hijo-amante. Esto ocurrió en el mito babilónico al final de la Edad de Bronce, en que Marduk, el poder superior del viento y del fuego, dios del cielo y del sol, dividía en tierra y cielo el cadáver de Tiamat, la diosa madre. La creación se disocia ahora de la fuente creativa y el mundo ya no es un ser viviente, y pasa a ser la sustancia inerte e inanimada que llamamos “materia” y que sólo el “espíritu” puede moldear y ordenar. De esto se infiere que la conquista de la materia libera el espíritu. Detrás de este pensamiento se hallan muchas de las destrucciones ocasionadas por las guerras y por las agresiones contra la naturaleza.

Desde un punto de vista mitológico ésta fue la última ocasión (exceptuando ciertos aspectos de la mitología griega), en la que la diosa constituyó la figura central de la escena y donde se registró públicamente la oposición entre diosa y dios. Posteriormente, a través de la influencia de la mitología babilónica sobre la hebrea, la derrota de la diosa por parte del dios se convirtió en algo tan asumido que dejó de ser mencionado formalmente. La derrota de la diosa o lo que es lo mismo el que se le retirase a la naturaleza su participación, era en ese momento, la condición necesaria para el comienzo de la civilización. La imagen de la conciencia heroica poniendo en fuga el caos para crear y ordenar el mundo, se convirtió en el modelo de una forma de pensar, que penetró el ideario judeocristiano como la estructura básica a través de la cual se percibe el mundo.

Finalmente el dios crea el mundo, él solo, sin que exista referencia alguna a la diosa madre. Lo hace al copular consigo mismo (el Atum egipcio) o a través de la palabra. Éste era el mito, de la Edad de Bronce, del Ptah egipcio, cuya lengua traducía los pensamientos del corazón; y también el mito de la Edad de Hierro de Yahvé-Elohim, el dios hebreo que en el principio hizo los cielos y la

tierra y... después, Adán es creado a partir de la tierra inanimada, y sólo adquiere vida cuando le es infundido el espíritu mediante el aliento divino y Eva proviene de una costilla de Adán. Aquí el creador trasciende a la creación, no es inmanente a la misma, como lo era la diosa madre antes que él. El dios trascendente (espíritu puro) crea la naturaleza y luego, por añadidura, transfiere parte de su espíritu (o exhala su espíritu) en el cuerpo de (el) o los seres humanos. No lo hace en los cuerpos de los animales, de las plantas, de las piedras o de la tierra en general. En el mito hebreo de la creación, heredado por las tradiciones cristiana e islámica, no existe relación alguna con la diosa madre. Ha desaparecido.

Una manera de interpretar este largo proceso, es considerarlo como la retirada gradual de la participación de la humanidad en la naturaleza, esto supuso despojar a la naturaleza de la vida animada, que es transferida a la humanidad, colocándose ésta, en una relación de oposición con aquella. Históricamente, este proceso puede describirse, como aquél en el que la humanidad ha descubierto su independencia progresiva de los fenómenos naturales y su capacidad de moldear y ordenar el mundo según sus propias ideas.

Mirando hacia atrás desde una distancia de milenios, parece como si, en las culturas de la diosa, la imagen del dios (en la imagen del hijo que creció para convertirse en consorte de la diosa madre) hubiera estado tratando de liberarse de la totalidad de la imagen de la madre; de la misma manera en las culturas del dios, la imagen de la diosa, parece estar reafirmando aún, en su derecho de reinar junto a su consorte, el dios padre. ¿Cómo sino explicar la persistencia de Sofía en el Antiguo testamento y en la herencia gnóstica, o el ascenso irresistible de la Virgen María tantos siglos después de que se halla cerrado el ciclo de la diosa? Es como si ambas imágenes fueran necesarias para hacer justicia a la plenitud de la vida.

La visión de la naturaleza como unidad sagrada y viva, en la que la raza humana se experimente como un todo, ¿puede darse sin que exista una creencia en “la madre” que es inmanente a la creación? ¿Podría coexistir con una creencia en “el padre” trascendente a la creación? Probablemente en este momento de la evolución de la conciencia de la humanidad, madre y padre; dios y diosa deben disolverse como realidades literales y personificadas para poder reaparecer como realidades simbólicas que representen dos maneras complementarias de comprender el universo. Percibiéndose como necesarias y verdaderas ambas maneras de comprender la vida, las dos se necesitan para complementarse. Según el lenguaje literal del antiguo mito, esta unión era la del matrimonio sagrado de la diosa y el dios; en el lenguaje simbólico del nuevo mito, se trata del “matrimonio sagrado” de “dios” y “diosa”; imágenes que pueden traducirse en términos de reunión entre transcendencia e inmanencia, espíritu y naturaleza, alma y cuerpo; reunión que posibilitaría una nueva visión mítica: la del hijo o el andrógino.

Bibliografía:

El mito de la diosa. Anne Baring y Jules Cashford. Siruela, 2005.

Diosas y Dioses (de la vieja Europa 7000-3500 a.C.) Marija Gimbutas. Ediciones Istmo, 1982